

Leon Bodevin, Ph.D.

Murray State University

Naturaleza

Fuera de una inquietud por explorar el mundo y sus posibilidades, nada pareció encender el entusiasmo de Yanu, hablarle de promesas, acalorar el deseo de vivir el futuro, su futuro, o decidirlo a invertir ese colmo, y virtualidad de la vida, su juventud, en su tierra, según él lo entendió a los veinte años de edad tras la muerte de sus padres. Cuando niño con frecuencia solía caminar hasta el riachuelo que corre a la derecha del cultivo de palmitos, al sur de los nogales, y allí fabricaba barquichuelos de papel. Los dejaba deslizar sobre el agua que muy pronto los empapaba convirtiéndolos en guñapos que desaparecían hundiéndose. Pero también recurría en sus juegos, sueños, a trocitos de ramas, astillas de troncos, capaces de flotar, y exponiéndolos a la corriente los veía deslizar, mecer, bandearse, hasta que escapaban arrastrados por el torbellino. Los imaginaba como enormes trasatlánticos que según había leído, surcaban los mares, y eran más grandes que una casa. Quería ver el mar y conocerlo, por eso tenía que ir, y llegar a la playa, a los lindes del mar que no tenía fin, y allí poder encontrar un barco, porque si llegaba hasta la playa, sus posibilidades tampoco tendrían fin. Estaba más allá, al otro lado del estado Ruku, situado a los tantos soles-este de camino, país que él nunca había visitado. Pero eso sí, Yanu podía hablar el ruku porque lo había estudiado en la escuela, y porque también lo había aprendido en la escuela sabía que allí existía el derecho a diferencia de Nayu donde todo atestiguaba a su altruísmo, y nada nuevo ocurría.

"Sin duda, Ruku es diferente. El pensamiento positivo ha desarrollado allí la prosperidad, lo que permite al estado proveer a cada ciudadano con dos comidas diarias, dos uniformes y un disfraz, además de las amenidades de un progreso que Nayu no posee: mi lugar de nacimiento, mi hogar," repitió Yanu pensativo, hablando consigo mismo. Aquí nacieron sus padres y abuelos. Plantaron muchos árboles, saludaron muchas lunas, y eventualmente, también, se confundieron con Nayu, que en su idioma, el yuna, significa fallecer, pasar a otro nivel de vida, acontecimiento que en Nayu era motivo de gran regocijo y extensas celebraciones. Las nociones básicas de su cultura se basaban en la felicidad del prójimo, y sobre ésta, sonrientes, gentiles, se estructuraban sus formas de relacionarse, de manera que el logro de un individuo de pasar a niveles superiores de vida era celebrado por quienes le conocían y amaban. En Nayu todos se conocían. Pero porque Yanu lo había leído, sabía que el desarrollo multiplicaba las posibilidades del individuo, y que más allá del estado ruku se materializaba una promesa: puso frutas frescas y secas, dátiles y raíces en sus alforjas; acondicionada su intuición, y arrogaciones, por la naturaleza de Nayu donde prácticamente en cada milla de camino, ya sea hacia el norte, sur, este, u oeste, hay vertientes y riachuelos en los cuales el caminante puede apagar su sed, no llevó provisión de agua. Caminó muchos días guiándose por el sol y en la noche por las estrellas. Sufrió mucha sed.

Una noche tuvo el presentimiento de estar en los lindes de Ruku, o en su vecindario. Treinta lunas habían vigilado su sueño. Comenzó la jornada siguiente antes del amanecer luego de varias horas de descanso nocturno bajo un árbol gigantesco y frondoso muy popular en la región, el omala. Se sentía contento y alerta a pesar del largo territorio que sus pasos habían cubierto. La energía del monte infló su vena. El entusiasmo aventó la acción. Caminó con júbilo, casi con alborozo. La naturaleza aún no se decidía a iniciar el nuevo día; escuchaba en silencio las promesas de la noche: su ritmo lo había detenido el ensueño. Las aves y el resto de habitantes del monte decidieron mostrar su aprecio, agasajarla, y de común acuerdo pospusieron hasta más tarde el sonido de su alarma.

El viento, casi con timidez, se alzaba por momentos, refrescando, sugiriendo el movimiento, materializando el sonido con la fricción de las hojas y ramaje de los matorrales. La naturaleza exaltaba su propia cultura: la naturaleza. El oscuro sendero se apropió de una cierta incandescencia amarillenta ofrecida por la luna y el paso de Yanu dejó el sello de su decisión sobre la hierba. En las cercanías de una pequeña meseta sobre la cual se proyectaba el bosque escuchó ruido de tambores, y entre los arbustos que comenzaban a colorear con el día observó un grupo numeroso de hombres en acción distinguiendo luego a mujeres y niños. Lo que en un principio le pareció una maniobra militar resultó ser una ceremonia re-educativa: procedimiento civil al cual los kurus eran muy dados. Pudo ver en el centro de un claro de la arboleda una mesa sobre una tarima a la que pronto subieron dos hombres cargando cada uno un maletín en su diestra, seguidos muy de cerca por otros dos en uniforme, escoltando a un tercero, maniatado. Una mujer joven llevando una toga sobre su uniforme, y unos papeles en la mano, subió al estrado y se dirigió a los presentes, los cuales, por lo que se podía observar, y dando crédito a aquéllos escondidos aún por los arbustos, matorrales y sombras, podrían haber llegado a sumar unas dos centenas de personas. Habló en voz muy clara, tan clara que aún considerando el tiempo que Yanu no había escuchado el kuru, lo pudo entender sin dificultad. Habló del desacato y la rebeldía, y aclaró: "Pensar como la gente de otras civilizaciones lo hace y no como nuestros códigos lo ordenan es una transgresión," y continuó alabando la claridad de significados del kuru, lenguaje en el cual la ambigüedad había llevado la marca del estigma por espacio de años, pero en el presente, con el progreso, finalmente habían logrado erradicarla totalmente de su discurso, triunfo para el sistema obtenido luego de la extirpación de la metáfora. En perfecta oposición con el clamor de Mica Howe, la poetisa de la ambigüedad: "¿por qué todas las cosas tienen que tener un nombre dado?" en Ruku no existía la poesía, "Un pensamiento, un significado, una conducta" agregó la mujer, y continuó con una lista de infracciones que era actualmente el objeto de la atención del comité de disciplina del gremio de maestros, para luego leer la sentencia al primer acusado de esa madrugada, agregando que ésta se dictaba con extrema atención a las necesidades del procesado, y fidelidad para con el sistema; era la primera infracción en la cual el hombre se había encontrado involucrado: se le habría de cortar la mitad de la oreja izquierda. En ese preciso instante, un guardia visualizó a Yanu, y apresándolo, de inmediato lo esposó, acusó de espionaje, y condujo ante la presencia de la mujer encargada del evento, quien ordenó se le trasladara al Centro de Re-educación localizado en la ciudad capital. Después de varios días de detención, interrogatorios, y prácticas correctivas se le dejó en libertad condicional bajo promesa-juramento que no habría de abandonar, o intentar escapar de la ciudad, debiendo reportarse al Núcleo de Castidad Cultural dos veces al día durante los siguientes tres años, quedando claramente establecido que su infracción sería condenada con su captura y proceso, pero de momento tan sólo habría de llevar por tiempo indefinido una franja parda en la manga de su chaqueta o camisa, con una sencilla narrativa: espía. Las autoridades de Ruku habían decidido que Yanu era espía, y de acuerdo con este dictamen se determinó su identidad dentro de la sociedad ruku. Como medio para ganarse la vida se le asignó una plaza de profesor de *yuna* en la escuela local. Le dieron las instrucciones de cómo proceder, y comenzó a enseñar, siempre vigilado, en cada clase en su caso, por un corrector de maestros. Puesto de alcurnia y autoridad dentro de la comunidad. Al cabo de su primer día de clases, el corrector le llamó a su oficina y le increpó: "aquí en Ruku usted no puede enseñar su lengua como lo hace, usted debe hacerlo como nosotros la entendemos: "No puede decir *Bi nou*, -que quiere decir *Buenos dias* en *yuna*- y luego sonreír; *ba nau bi*, agregó en la misma lengua, significando, *no es apropiado*, así no se habla. Usted tiene que decir *Bi nou*, y luego agregar *kof kof*, que en kuru quiere decir,

escucha, pero luego es necesario añadir *Bi nou* nuevamente, en un tono un poco más autoritario que el usado la primera vez. Por otra parte, cada vez que usted dice *Bi nou*, debe agitar el dedo índice de la mano izquierda, manteniendo la palma de la mano expuesta a su interlocutor, la clase en este caso, y el resto de los dedos doblados, en receso. Con humildad, respeto, y profundo acatamiento, Yanu protestó, agregando que su idioma no se hablaba de tal manera, pero la decisión del corrector era tajante y final, y para darle un cariz más pedagógico le advirtió que enviaría una recomendación al tribunal de re-educación para someter a Nayu al procedimiento de advertencia académica de rapar su cabello en forma de cruz, hecho que le ayudaría a comprender la circunspección con que se trataba la disensión en Ruku, lo que además sería de gran ayuda para discernir la importancia de llegar a pensar en términos unitarios. "Esta medida integradora tendrá una incidencia positiva en su futura carrera," terminó asegurando el hombre con autoridad. Antes de retirarse, Yanu abrió la boca con la intención de iniciar la articulación de sus agradecimientos al corrector, pero repentinamente comprendió la dislocación de su propósito, bajó la cabeza y se retiró en silencio.

Tengo que confesar que lo que voy a relatar a continuación sucedió muchos años más tarde, cuando en una misión periodística en Ruku tuve la oportunidad de conocer personalmente a Yanu. La entrevista tuvo lugar en la Casa de la Cultura en la ciudad capital. Había otras cuatro personas sentadas en cómodos sillones individuales en lo que se conocía como el salón destinado a huéspedes de otras culturas. Me relató hechos y recuerdos de su juventud, ideales que modelaron su formación y educación; elaboró acerca del significado de la diversión y el pasatiempo en Nayu: los juegos de noyo, y el *biyu-yubi* con otros niños en el patio del templo; las excursiones al bosque con sus compañeros para verificar el bienestar de insectos, mariposas y pájaros, además de velar por alguna planta en vías de marchitarse; posteriormente hizo una detallada descripción de la ceremonia destinada a la celebración de la cura de algún enfermo, la que convencionalmente tenía lugar junto al riachuelo. Hacia el final de los veinte minutos asignados para nuestra entrevista por la Junta Cultural, Yanu comenzó a exaltar con suavidad los beneficios del sistema ruku, a la vez que al unísono se escuchó la expresión de aprobación de sus acompañantes, uno de los cuales se extendió explicando la sabiduría de sus procedimientos dando ejemplos concretos de algunos de sus favores, mientras Yanu pareció dirigir esta vez el coro de aprobación, y en forma casi musical por su precisión de tempo y cadencia repitió, *karaku*, que en kuru significa "así es", moviendo a la vez de norte a sur su perfil en señal de encomio. El aspecto, y el proceder de uno, se duplicaba en los otros; sus ojos parecían reducirse a uno, un ojo, común a todos ellos, representando una capción del mundo, una actitud ante la vida: su expresión era una mezcla de esmero, tranquilidad, y un vedado destello de súplica. La cultura había trazado y, tallado formas, apariencias conforme a sus hechuras. Regenerado y corregido conductas. Ruku se había personificado en ellos: no tenían extremidades, las habían perdido una tras otra a través de los años en lo que ahora se llamaba *el proceso re-educativo permanente*, pero sus inherencias no habían desaparecido: "La falta de uniformidad de la conducta de un individuo en relación con la del resto de la comunidad existe tan sólo en desmedro de ésta," afirmó Yanu, "debe ser vigilada y regulada," aseguró con dulzura. En silencio, con un movimiento de cabeza que era perfectamente sincrónico y gentil, los demás asintieron.